

sé siente mas grande que ella; y las placenteras imágenes de los campos embriagan de alegría á un corazon que está animado de los sentimientos de su eterna duracion, y de su destino á hallar en la inmensidad de Dios todo lo que es verdaderamente excelente y bello en la obra de la creacion. De aquí aquella dulce serenidad, aquellos cánticos de alegría, aquellos festines preparados en el centro de los campos, en donde los hijos de Abraham bendecian al son de sus rústicos instrumentos, *al Dios que da la vida á todas sus criaturas, y prepara el alimento á los hijos de los cuervos que le invocan.* De aquí aquella tierna benevolencia, aquella esmerada y benéfica liberalidad que se comunica á todo cuanto se le aproxima, y de que nos da tan tiernos y edificantes ejemplos la historia del antiguo pueblo de Dios. Solo referiré en este lugar el de Booz. Al entrar en su campo, refieren los Libros sagrados, se acerca á sus obreros y les saluda diciendo: *El Señor sea con vosotros, mis queridos hijos.* El Señor, responden ellos, *os colme de sus bendiciones.* Al mismo tiempo divisa una muger extranjera que estaba espigando en sus rastrojos, é informado por sus criados de que habia venido del pais de los moabitas con su suegra Noemi: “Escucha, le dice, hija mia, “no vayas á espigar á otros campos que á los míos, y “agrégate á mis hijos; quiero que comas y bebas con “ellos. Me han dicho cómo te has portado con Noemi, “después de la muerte de su hijo y de tu esposo, y que “has dejado tu patria y tus parientes por seguirla á un “pueblo que te es desconocido. El Señor bendiga tus “grandes sacrificios, y ojalá que recibas una plena recompensa del Dios de Israel, á quien te has refugiado “y que te ha acogido bajo sus alas.” Después dice en secreto á sus segadores: “Nadie diga á esta jóven cosa “que pueda avergonzarla ó affigirla. Haced como que “ignorais que ella sigue vuestros pasos en el destajo, y

“dejad de propósito algunas espigas para que ella las recoja sin avergonzarse.” ¿Dónde se hallarán, Filemon, unos rasgos de delicadeza, y unos sentimientos que se asemejen á estos? ¿Y qué lector, por frio y duro que sea, podrá contener las lágrimas al contemplar semejantes imágenes?”

“¡Oh inocencia de los campos! Solo en el fondo de vuestros dulces y pacíficos retiros se halla bien el corazon del hombre; allí solo se encuentra la verdadera alegría, y esta es la que nos hace buenos, agradables, desinteresados y generosos. La tristeza, el amor austero y melancólico, sobre todo, cuando nos proviene de nuestras tinieblas, de nuestras incertidumbres, de nuestra impiedad y de nuestro remordimiento, extingue en nosotros toda benevolencia. Nada hay tan duro como el que se aborrece á sí mismo. La mansión en la campaña, tan propia para despertar toda la bondad y toda la beneficencia de quien mantiene un alma llena de su ser inmortal, aumenta en el hombre sin fé y sin esperanza su indiferencia á todo bien; porque no halla en ella sino motivos de importunas y sombrías reflexiones. Todo es fúnebre para él en la naturaleza. Cuanto mas se compara con los objetos que le pone á la vista, tanto mas gime y se lamenta de hallarse tan pequeño y tan fugaz en medio de la inmortalidad universal. No ve cosa que la tierra no tenga virtud de conservar ó de hacer reproducir después de su destruccion, sino su especie. Todo cuanto ella recibe en su seno, baja á él para volver á vivir. Solo el hombre es arrojado á ella para no volver á comparecer jamas, y para sepultarse en el seno de la muerte.”

“Así siempre que el vivo y magestuoso teatro de la naturaleza oprime el alma del insensato con pensamientos molestos y desconsoladores, el dichoso y modesto discípulo de la religion no descubre en él por todas partes sino símbolos y vestigios de su excelencia y de su per-

petuidad. No ve en todo sino la figura y la profecía de su alto destino; y la idea de tantos muertos que duermen en la podredumbre de la tierra, esta idea tan molesta y tremenda para el impío, no es para él una imágen mas aflictiva que la vista de un campo que acaba de sembrar el labrador. Ve los hombres caer unos sobre otros en los sepulcros, del mismo modo que ve caer una preciosa y pura semilla en los surcos que abre el arado. Un cementerio es á sus ojos un campo cuyo interior contiene mas vida que la que reside en el seno de las mas fértiles praderas, y en donde las semillas que están depositadas no se desenvuelven mas lentamente sino porque deben producir sustancias inalterables y eternas.”

“¿Qué orden de cosas, Filemon! Al contemplarle el hombre, ¿no se siente aliviado de la opresion de su mas violento deseo? Si alguno le hubiera soñado tan solamente, ¿no se tendria por desgraciado al despertar de un sueño tan lisonjero?”

“Si el grano de trigo que cae en la tierra, dice Jesucristo, no se disuelve y muere en ella, queda solo y no puede reproducirse ni multiplicarse; pero si queda en ella como perdido y aniquilado, se le verá salir luego en un tallo lleno de vigor y de gracias, y llevar en sí los mas brillantes testimonios de la fuerza que ha adquirido en las entrañas de la tierra. He aquí, pues, este sublime sueño convertido en la verdad mas hechicera y necesaria á todo el género humano. A nosotros es á quienes alude este lenguaje del hombre Dios. He aquí el sistema de la religion encadenado con el de la naturaleza. He aquí la unidad del gran designio de Dios expuesta á una luz que lo ilustra todo y que nos descubre la razon de todo. He aquí la explicacion de la fuerza inefable de nuestra voluntad y de nuestro irresistible esfuerzo por superar nuestra nada y durar para siempre.”

“San Pablo, el mas profundo intérprete de la filosofía

de Jesucristo, asciende á este carácter de la constitucion humana, para hacernos admirar el de las promesas del Evangelio. Y cuando dice (1): nosotros no queremos ser disminuidos ni despojados, sino que anhelamos por aumentarnos y revestirnos de nuevo, para que el principio que hay en nosotros y que nos impele hácia la muerte, sea absorbido por la plenitud y la totalidad de la vida, nos pinta, cuando así habla, lo que hay de mas íntimo y reservado en toda la especie humana; y he aquí el hombre con toda la verdad y toda la energía de su naturaleza.”

“Por medio de esta reflexion, sacada del origen de nuestras mas vivas pasiones, nos conduce el Apóstol de la fé, como ilustrado filósofo, á que reconozcamos los misterios mas profundos, y puede desafiarnos á que desechemos la esperanza del cristianismo, sin degradarnos de la naturaleza, y sin desmentir á nuestra conciencia, á nuestro corazon, y al clamor de todo el universo.”

“¡Oh hermanos míos! yo os revelo aquí el mas grande y el mas glorioso de los misterios. Nosotros morimos, es verdad; mas saldremos del sepulcro para no morir jamas. . . . ¡Insensato! ¿preguntas cómo lo que ha muerto podrá volver á vivir? Mira todo lo que hay al rededor de tí, pregunta á la naturaleza. ¿Todo cuanto ves viviente y vigoroso, no es fruto de la corrupcion y de la muerte? ¿El grano que arrojas en la tierra no muere luego? ¿Y le ves acaso volver á parecer ó reproducirse antes de haberse como aniquilado por medio de la corrupcion? Tal es la resurreccion de los muertos. Nuestros cuerpos no se sepultan en los abismos de la tierra para perderse y no salir de ella jamas. Están sembrados en su seno para salir de él un dia llenos de fuerza y de vida. Son sembrados en la tierra, y reducidos á un esta-

(1) II Cor. v. 4.

do de corrupcion; pero saldrán de ella incorruptibles é inalterables. Son sembrados en un estado de abatimiento y de debilidad, pero se levantarán rodeados de una gloria y de un resplandor todo divino; son sembrados inmortales y frios, mas se les verá aparecer revestidos de una forma resplandeciente, adornados de movimiento y de tal inmortalidad, que sorprenderá á toda la naturaleza. Entonces el género humano, triunfante de todo el poder destructor de la muerte, le dirá: *¿Dónde está ahora, oh muerte, tu victoria?* (1)

“Si alguno se obstina en no conocer en este órden de ideas el antiguo sistema del corazon humano, y la clara manifestacion de lo que el hombre anhela desde el principio del mundo en lo confuso de sus pensamientos, todo será para él un caos, así en su alma como en el universo, y de nada sabrá gozar en la tierra sino de sus profundas tinieblas y de sus incertidumbres turbulentas. Un verdadero filósofo debe admirarse al ver cómo la fé no hace mas que cumplir y perfeccionar lo que los siglos mas groseros y obcecados dejaron ya dispuesto en medio del desórden de sus ideas y de sus costumbres. El hombre, obligado desde entonces de la necesidad de satisfacer su pasion de existir y de durar, y celoso de la estabilidad de todo cuanto la naturaleza mantiene y reproduce sin cesar, se esforzaba á figurarse alguna cosa semejante á la que la religion nos ha anunciado despues tan magnificamente, y se consolaba de la impotencia de poder arribar y fijarse en el verdadero infinito, alimentado su espíritu con ficciones é imágenes que lisonjeaban ó divertian su vivo deseo de ser inmortal. Nada le era tan delicioso como figurarse los cuerpos humanos repentinamente mudados en árboles llenos de vigor, los corazones palpitantes cubiertos con una corteza impenetrable,

(1) I Cor. XV, 55, 56; 42, 43, 61, 65.

y las manos convertidas en ramas siempre floridas. ¿No son todas estas cosas, oh Filemon, unos bosquejos antiguos é informes del destino del hombre en el cristianismo? ¿No se descubre en la irregularidad de todas estas ilusiones, y está indicado suficientemente, aunque por rodeos, el anhelo del hombre por las esperanzas que Jesucristo ha venido despues á traer al mundo? ¿Y no se podrá decir aquí que las mas extravagantes fábulas sirven á hacer triunfar y resplandecer la verdad?”

“Así, Filemon, contemplando la hermosura de los campos á la luz de la fé, tu alegría será pura y completa; pues nada te quedará que envidiar á la naturaleza, la cual por el contrario hallarás inferior á tu grandeza y superioridad; y toda su fuerza de durar y de reproducir cuanto cria, no será ya á tus ojos mas que una sombra de la energía que reside en tí, la imágen de tu excelencia y la figura de tu eternidad. Ella te dirá por todas partes: *Yo estoy destinada á perecer, y tú, augusto renuevo del infinito, tú no puedes perecer y vivirás para siempre.* Te hallarás mas antiguo que ella, si sabes penetrar la altura de los designios de Dios, y comprender tu coexistencia con el Ser infinito; pues solo para el cumplimiento de sus miras, con respecto al hombre, ha arreglado en la profundidad de su consejo y de su eterna soledad, las leyes de la naturaleza y el órden de todo el universo; y tú puedes apropiarte en algun sentido muy verdadero, lo que el *Verbo del Altísimo* nos dice de su unidad con el Criador adorable de todos los seres. “El Eterno me ha poseído desde el principio de sus grandes designios, y desde los siglos antiguos que han precedido tan de antemano á la formacion de la tierra. Yo estaba presente ante su trono cuando trazaba en los espacios vacíos, el giro que debían seguir el sol y los demas astros. Aun no habia colocado los montes sobre sus profundos cimientos; no se habia visto á las colinas

“elevar hácia el cielo sus masas enormes, ni á los valles
“extenderse en praderas, en campos y bosques; el agua
“clara de las fuentes aun no brotaba del seno de las ro-
“cas y de las cavernas; la mano del Todopoderoso aun
“no habia afirmado la tierra sobre sus fundamentos, ni
“abierto los cauces del vasto abismo, y yo estaba conce-
“bido ya en su pensamiento, y trazaba con él el plan de
“la creacion en las tenebrosas regiones de la nada.”

“¿Cómo podrás contener los trasportes de tu admira-
cion y regocijo cuando, paseándote por las amenas colinas
en donde veas madurar el dulce fruto de la vid, y esas fértiles llanuras, cubiertas de espigas, que dan al
hombre su pan y subsistencia diaria, reconozcas en esos
dos manantiales de la fuerza y de la vida los dos elemen-
tos del augusto é interesable misterio que hace circular
en nuestras venas y en nuestros miembros, la incorrup-
cion de Dios, y en el cual vamos á incorporar con nues-
tros débiles órganos todo el carácter de su gloria, de su
permanencia y de su infinidad? ¿Con qué esplendor y
magnificencia hace allí la fé brillar á la naturaleza? ¡Oh
campos! ¡oh colinas! ¿es en efecto verdad que vosotros
intervenís en el profundo y eterno consejo que nos des-
tina á volar un dia, al través de todas las ruinas del uni-
verso destruido, á las inmensidades de esa gran potencia
en que nada puede morir; y que de vosotros nos viene,
junto con la subsistencia natural de nuestra dolorosa mor-
talidad, el pan misterioso y el cáliz bendito que nos ha-
cen vivir eternamente? Torres antiguas y venerables,
que lleváis en triunfo por los aires la respetable señal de
la salud del mundo; todo lo que vamos á adorar y reci-
bir dentro de nosotros mismos en vuestros pacíficos y
magestuosos recintos, lo vemos, por decirlo así, engen-
drarse y prepararse en nuestros valles y sobre nuestros
montes. Así por una profunda dispensacion de la sabi-
duría infinita nos ingiere la religion en la sustancia y per-

petuidad de Dios, consagrando y divinizando lo que pro-
duce la naturaleza para alimentar nuestro cuerpo terrenal;
de suerte que la religion abraza en la magestad de su
espectáculo, todas las riquezas de la naturaleza, y la
naturaleza se hermosea por todas partes con la grandeza
y magnificencia de la religion. ¡Qué armonía! ¡Qué
unidad! ¡Oh Evangelio de Jesucristo! ¡infeliz del que
no ve resplandecer en tu doctrina todos los rayos de la
eterna verdad!”

“No podrás dar un paso por esos tranquilos é inocen-
tes lugares, sin reconocer los simbolos y las prendas de
tu grandeza y de tu divinidad (1). Las cosas mas im-
perceptibles que se pisan sin advertirlo, vendrán á ser para
ti objetos elocuentes y sublimes, de quienes sacarás
las mas sólidas reflexiones y los mas dulces sentimientos.
El espíritu de la fé tiene la virtud de abultar lo que pa-
rece nada, y de dar un gran sentido á lo que no despierta
idea alguna en los espíritus disipados y vulgares.”

“Mira, Filemon, ese frágil insecto que se arrastra tan
lenta y penosamente sobre esa trémula hoja de que se
alimenta: ¡qué imágen tan sensible de la flaqueza y de
la nada! pues aun te ofrecerá un símbolo mas sensible
de la destruccion y de la mortalidad, si le sigues en las
vicisitudes á que le sujeta la naturaleza. Despues de
haber rastreado un poco de tiempo al rededor de la plan-
ta que le sostiene, quedará inmóvil, se envolverá y se-
pultará en las ruinas de sí mismo, se formará una tumba
de sus propios despojos, y ya no se advertirá en él se-
ñal alguna de calor ni de vida; ya no será mas que un
poco de lodo, que jamas se le creerá capaz de adquirir
movimiento ni vida. Las lluvias, los hielos y las nieves
del invierno parecerá que acaban de hacer irrevocable la

(1) No tiene sobrada energía esta palabra para quien tiene
una justa idea del verdadero designio de la religion.

proscripcion de esta sustancia tan vecina á la nada, aunque ella posee todo su principio vital. Sin embargo, apenas vengán á calentar esta corteza los primeros rayos de la estacion que lo reanima y renueva todo sobre la faz de la tierra, verás este sepulcro, cerrado tanto tiempo, abrirse por medio de mil dulces graduaciones, sábiamente manejadas, y salir repentinamente de él un nuevo ser todo resplandeciente, que irá á desplegar por los aires los ricos colores de sus brillantes alas."

"¿Podrá dejarse de conocer aquí la admirable semejanza que aproxima el lenguaje de la naturaleza al del Evangelio? ¿y no deberemos reconocer, trasportados de alegría y agradecimiento, que Jesucristo no ha hecho, por decirlo así, sino explicarnos lo que toda criatura enseñaba al hombre antes de él, y sustituir una expresion mas familiar y mas clara á todos los símbolos vivos y palpables con que el espectáculo del universo nos describía desde el principio nuestro destino? Sí, Filemon, todos los efectos de la naturaleza son una pintura en bosquejo del estado á que es llamado el hombre, y los antiguos y venerables geroglíficos de su grandeza y eternidad. La naturaleza y la fé no componen sino un solo, profundo y vasto sistema de filosofia, cuyo centro y objeto es el hombre; lo que esta nos ha venido á revelar abiertamente, nos lo habia enseñado en todos tiempos la otra por medio de parábolas; y todo cuanto abrazan en sus inmensidades el cielo y la tierra, se une, se acuerda y se reconcentra en la unidad y verdad del Evangelio."

"Póstrate, oh Filemon, con toda la humilde religion de una alma embriagada de la sabiduría y de la armonía de las obras de Dios, siempre que pases por delante de aquella cruz plantada sobre la colina, á quien corona un bosquecito de espesos árboles con sus extendidas ramas. Contéplate entonces como puesto delante del solo objeto que forma la grande y verdadera gloria del orbe, y

que es capaz de explicarte, con la mayor sutileza, las relaciones eternas que hay entre Dios, el mundo y los hombres. El profano filósofo, que á pesar de todo el aparato de observacion, de ciencia y de estudio en que se confunde, no verá jamas al rededor de sí sino masas y vacío, se indigna al encontrar esta señal augusta de la comunicacion y de la amistad establecidas entre el cielo y la tierra, y no ve en ella sino un monumento chocante de supersticion que desfigura la magestad de la naturaleza. Mas tú, Filemon, que eres mas sólido é incontestablemente filósofo, comprendes que solo por Jesucristo se concuerda todo, se corresponde y se sostiene en la economía del tiempo y de la eternidad; que todo disuena, se impugna y contradice, si se quita ese trofeo de omnipotencia y de sabiduría, atentas á mantener la unidad de excelencia entre Dios y el hombre; y que la cruz es tan necesaria al universo, como el sol, los montes y los rios. Porque el misterio de la cruz, si sabemos considerarle por parte de su relacion con la totalidad de los planes de Dios, no es mas que la expresion de su resistencia contra toda causa que destruye en nosotros el Ser infinito, que nos ha comunicado por medio de su Verbo. Esta es la razon porque San Pablo, que nos habla siempre como profundo filósofo, llama á la cruz *el misterio de la fuerza de Dios*. Jesucristo, como consustancial á Dios, posee la excelencia infinita; como semejante al hombre, y como *participante de su carne y de su sangre*, le hace dividir con él, y le apropia su infinidad; como inmolado bajo el doble carácter que distingue su persona adorable, hace perpetua é inagotable la fuente de nuestra generacion divina; de suerte que, usando del lenguaje de un antiguo profeta, *por la muerte de Jesucristo ha sido destruida la iniquidad y traída á la tierra la eterna justicia*; por cuanto hasta el fin de los siglos hallará el hombre degradada su grandeza en la cruz, que es la única raiz de

toda vida divina; el apoyo siempre subsistente de la gran gloria de Dios en medio de la tierra; y el triunfo brillante de la salud eterna sobre la corrupcion humana. De esta suerte todos los árboles de los bosques son bendecidos y consagrados por el misterio de la cruz, como todos los pámpanos de las colinas, y todas las espigas de los valles son santificados por el milagro inefable que se ejecuta y perpetúa en los templos, reverberando en la naturaleza los resplandores y la magestad de la religion.”

“Así es, Filemon, como todo toma un nuevo carácter y nuevos colores para el hombre que ha aprendido á mirarlo todo á la luz de Jesucristo; y el mismo impulso de la gracia divina que crea en nosotros otro corazon, crea al mismo tiempo otros ojos y otro universo.”

“¡Oh qué delicias tan verdaderas experimentarás en confundirte con ese buen pueblo, que te admira y te ama en la oscuridad de ese rústico santuario, á donde va á ofrecer sus votos sinceros é inocentes! ¡Cómo sentirás elevarse y enternecerse tu alma, al ver la impresion que hace en esos corazones religiosos y sensibles la voz del Pastor que les anuncia *las verdades del reino de Dios!* ¡Cómo habla todo en ellos de los consuelos y esperanza de la fé! ¡Qué atencion tan ansiosa, qué actividad la suya! ¡Qué carácter tan grande y sublime da á este espectáculo la vista de la religion! ¡Y qué filósofo, por obstinado que esté en la impiedad, no hará imprecaciones contra la desgracia de ver al espíritu de incredulidad ganar los corazones de nuestros hermanos, al mirar el celo y pura alegría con que esos hombres rústicos y sencillos, interrumpiendo todos sus trabajos, y olvidando sus penas domésticas, vuelan al templo para llenarse allí de Dios, y dilatar su corazon con la dulce esperanza de experimentar algun dia el descanso interminable y la eterna felicidad?”

“Yo ejercí, Filemon, en otro tiempo, el ministerio del

Evangelio en una aldea en la cual era párroco un eclesiástico digno de los siglos apostólicos, y residia un señor que honraba á la humanidad con su beneficencia, y á la religion con los ejemplos de las mas heróicas virtudes. Sin duda el cielo habia reunido estos dos hombres en aquella parroquia campestre para conservar un modelo de lo que eran los cristianos en los primeros tiempos del Evangelio. Jamas ví brillar la religion, como en este lugar, con toda la gloria de su triunfo. Por todas partes producian en mi alma las mas dulces conmociones, la tierna y viva imágen de la paz, de la alegría y de la union. Allí el labrador, sostenido sobre su arado, une su voz al gorjeo de los pájaros que vuelan al rededor, y repite los santos cánticos que ha aprendido en el templo. Aquí el modesto artesano se esfuerza contra la fatiga y la importuna continuacion del trabajo, con la vista del gran Dios que todo lo ve, y que todo nos lo recibe en cuenta, y nos guarda el precioso depósito de nuestros sentimientos y de nuestras obras, para coronarlas bien pronto *con todo el peso eterno de su gloria* y de su inmortalidad. Allí la madre de familias, en medio de sus pequeños hijuelos, enseña sus balbucientes lenguas á invocar *al Padre que está en los cielos*, y mira en los que han salido de su seno unas venturosas criaturas que deben vivir eternamente en el de Dios. Aquí el viñador, sediento con el calor que ha tomado trabajando en las abrasadas laderas, al apagar la sed en los cristalinos arroyuelos que serpean al rededor de sí por el ameno valle, suspira por *aquel torrente de delicias, preparado en la casa del Señor para embriagar siempre á los que han sido probados en la tierra por medio de las tribulaciones*. En fin, yo ví á los ancianos morir sin turbacion y sin remordimientos en el fondo de sus albergues, bendiciendo con sus flacas y trémulas manos á sus amadas familias, y diciendo á sus llorosos hijos, colocados cerca de sus po-

bres y austeros lechos, lo que decia Tobías al espirar, al único hijo que dejaba: “Nosotros ahora es cierto que vivimos en la pobreza y los trabajos; mas poseeremos grandes bienes si tememos á Dios y permanecemos fieles en la práctica de sus santos preceptos: porque somos los hijos de los santos, y esperamos la eterna bienaventuranza, prometiida á los que perseveren en la santidad de la alianza, concluida con la descendencia de Abraham.”

CAPITULO X.

LOS ULTIMOS DIAS DEL HOMBRE RELIGIOSO.

Aquí concluye el manuscrito de Filemon. Lo que sigue lo ha añadido su hijo despues de la muerte de aquel.

“Mi padre, dice, leia y meditaba todos los dias de su vida, los sábios consejos que habia recibido de aquel varon á quien llamaba *el oráculo de su corazon*. La costumbre de penetrarse de la solidez y belleza de la religion, habia aumentado de tal suerte la sensibilidad natural de su interior, que se le veia enternecerse siempre que se recogia en oracion ó queria hablar de Dios. Yo era por lo comun, quien le acompañaba en los paseos que daba por los contornos de las aldeas; porque los médicos no le permitian que anduviese solo á causa de su quebrantada salud. Hijo mio, me dijo un dia que respirábamos juntos el aire de las selvas, yo conozco que toda la familia de casa hace un sério estudio para distraerme de la idea de mi próximo fin: mas yo debo decirte, por el tierno amor que me profesas, que su vana prudencia me aflige; y que deseo me dejen gozar tranquilamente de mi mas dulce y consolador pensamiento. ¡Ah! ¡qué desgraciado es el hombre cuando se ve reducido á la triste precision de aturdirse, por decirlo así, y desatenderse de

la inevitable necesidad de morir! ¡Y cuán glorioso es para la religion que solo en su seno sea la muerte una felicidad! La impiedad, que ha impugnado y oscurecido todas las verdades que perturban al vicio, debe bien sentir no poder negar la muerte. Si ella hubiera podido desterrar del mundo esta creencia, nada hubiera faltado á sus esfuerzos y astucias para animar todas nuestras pasiones y extinguir todos nuestros remordimientos. Sin duda no habria dejado de colocar esta verdad, como otras muchas, en la clase de las ideas supersticiosas, si el género humano no debiese morir indefectiblemente, y no se viera á los hombres descender todos los dias al sepulcro. Mas la incredulidad nada puede en un asunto en que la experiencia apoya la revelacion; y así nos abandona en el caso en que nuestra corrupcion tiene mas necesidad de que se desvanezca ó dulcifique su oprobio y su espanto. La irreligion abulta por sí sola los horrores que cubren los sepulcros de los hombres, y dobla, por decirlo así, nuestra muerte, en el hecho de quitarnos nuestras esperanzas, sin quitarnos los temores; solo el cristiano no ve su destruccion en parte alguna; él solo halla la certidumbre y la prueba de su estabilidad, hasta en el fondo de los abismos y de las tinieblas subterráneas que se tragan todas las generaciones del universo.”

“Mientras así hablaba, llegamos cerca de un valle espacioso y dilatado, en el cual se respira bajo un cielo mas claro y mas abierto, aun sin salir del vano recinto de la selva. Allí, entre dos colinas, cortadas en forma de anfiteatro y erizadas de espinos olorosos, se descubren las ruinas de un antiguo monasterio, célebre en su tiempo por la sublime virtud de los varones divinos que habitaban este desierto. De en medio de sus ruinas, esparcidas y cubiertas de un musgo blanquecino y desecado por el tiempo, se eleva en forma de bóveda una especie de basilica toda construida de huesos humanos, re-